



CIENCIA Y POLITICA

Mestización racial y cultural en la elaboración de un futuro común latinoamericano¹

OTTO MORALES BENITEZ*

“Hablar de cultura americana, sería algo equivocado: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa, transplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitiría definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América”.

Alfonso Reyes²

“La mestización de hombres y culturas al surgir dentro de la relación de dependencia, hace de ello un engendro rechazado tanto por el dominador como por el dominado”

Leopoldo Zea³

Para participar en el Simposio “Sentido y proyección de 500 años de historia en América Latina”, se desea hacer un examen de cómo podemos lanzar “esta historia común..... y, a partir de ella, plantear

* Abogado, exministro de Trabajo y Seguridad Social, exsenador de la República, candidato en varias ocasiones a la Presidencia de la República, historiador, escritor, profesor universitario, presidente del Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Central.

¹ Simposio “Sentido y Proyección de Quinientos Años de Historia de América Latina”. 20-22 octubre de 1988, Universidad Nacional de México.

² Alfonso Reyes, *Ultima Thule en Obras completas*, tomo XI, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1980.

³ Leopoldo Zea: “*Latinoamérica: Un nuevo Humanismo*”. -Editorial Bolivariana Internacional, Tunja (Colombia) 1982.

el problema de la integración de la región apoyada en común identidad". Porque contra ella se ha luchado mediante la imposición de "intereses extraños a la misma". Y viene una pregunta clave dentro de este contexto singular: "¿somos o no capaces de integrarnos como pueblos libres para las realizaciones de un futuro común?".

La invitación no puede ser más sugestiva. Parece que se ha presentado la oportunidad en la cual debemos recobrar el derecho a tener una conducta y una filosofía independientes, frente a las demás culturas. La ocasión es propicia para meditar, sin confusiones y sin recelos, acerca de Indoamérica.

Aquí se ha detenido la facultad de dar respuestas propias y válidas a los fenómenos que debe afrontar un continente. Así se prolongan las dudas sobre la validez de lo que representamos y de las réplicas que podemos ofrecer. Es parte de la inseguridad en la cual nos han obligado a movernos quienes se han considerado epígonos en nuestro transcurso de formación. Varios se inclinan a cancelar la "leyenda negra" contra España, para entrar a formalizar un análisis que nos entrega unidad remota con ella. No se trata de elaborar expedientes contra el pasado, sino de tener certezas hacia el futuro.

El tema del mestizaje

Para puntualizar nuestra posición, hemos escogido el tema que se relaciona con el mestizaje. Lo hemos trabajado, culturalmente, durante años. Para entenderlo, tenemos que repetir viejas aseveraciones. El mestizaje no está relacionado con lo racial, únicamente. No hay exclusividad en lo sanguíneo. Es lo que nos diferencia, lo que nos da carácter, lo que nos determina una posición. Es lo que responde por nosotros ante los demás continentes. Si no tuviéramos esos rasgos, apareceríamos como seres sin identificación. Seríamos los exiliados de todos los lugares. Inclusive devendríamos extraños en nuestra comarca.

El mestizaje nace del hecho de enfrentar la vida en Indoamérica. No se requiere entrar a hacer juicios sobre las mezclas de sangres. Ni es requisito que la trabazón racial se haya alcanzado. Hay extranjeros que, al arribar, han roto las amarras culturales con su país de origen y entran, con postura de solidaridad, a pelear nuestros problemas. No requieren patente de cercanía a nuestras indias; ni a los negros que importaron para la esclavitud. Se demanda solo inmersión total en las ideas básicas que nos distinguen. Mestizaje no es un resabio

racial, ni un prejuicio de clase, ni una torcida y mulata actitud para juzgar el universo. Para ser mestizo a nadie se le debe reclamar ni tolerar indiferencia frente a lo nuestro. Y, como es elemental, son mestizos, en plenitud, quienes aquí nacieron después de la conquista. Sin importarnos las diversificaciones de sangre.

Quienes aceptaron que debían tener un gobierno propio; una iglesia dirigida por sus propios hombres y derecho a la tierra, como parte integrante de sus vidas, hicieron activo un mestizo integral. El fenómeno, inclusive, es anterior a la independencia. Se establece desde cuando unos marineros desembarcaron y resolvieron compartir nuestra vocación. Esa es su marca y su designio.

Hagamos un brevísimo recorrido por varias perspectivas básicas de nuestro existir, para puntualizar la raíz complejísima y clara, paradójicamente, del mestizaje.

Las ciudades

Para construir las ciudades, se dieron reglas que se deberían seguir sin desviaciones. Se intentó cumplirlas. El hecho es que al lado de los señores que tenían derecho a habitarlas, principiaron a usufructuarlas sus compañeras, o sus hijos, y, a veces, indios sin mezcla. A la vez, se fueron transformando de acuerdo con las peculiaridades locales. Estas irrumpieron de carácter indiano, que prevalecía en el suceso de las relaciones interfamiliares o intercomerciales. Se impusieron otras normas a las previstas en las leyes. El medio ambiente se volcó hacia nuevas estructuras sociales. El poblamiento fue de ciudades.

Estas, se tuvieron que construir apelando a los elementos tradicionales de armar las casas en el continente. No pudieron librarse de que lo mestizo hiciera su presencia arrolladora.

Terminaron siendo ciudades indianas. Lo colonial no pudieron mantenerlo en su pureza integral. Era inútil combatir contra las realidades inmediatas. En esta aseveración, coinciden todos los autores que han trabajado en este aspecto.

La arquitectura y la ciudad

Como una consecuencia lógica, la arquitectura tuvo modificaciones substanciales. No valía que enviaran patrones hispanos. Los volvían algo peculiar, que representaba las urgencias singulares de cada villa y de quienes iban a habitar las casas. Los constructores, fueron

gentes ya nacidas aquí, ayudados por indígenas que tenían experiencia en el manipuleo de los materiales. Por allí comenzó, otra de las subversiones contra lo español. Ya lo hemos contado multitud de veces que la primera expresión de insubordinación en términos de lo que significaba España, se hizo evidente en el arte. El barroco lo transformaron al introducir figuras, frutos, símbolos que no concordaban con las explícitas órdenes recibidas. Era un desierto procedimiento para confundir al imperialismo. La indocilidad caminaba con sigilosos pasos, con lentas inquietudes, con recogidos actos de protesta, buscando con eruditos afanes lo auténtico, que lo rompían al imponer, sin ningún recelo, lo concebido en lejanía.

El poblamiento, fue muy desigual, en todos los órdenes. Empezando por la heterogeneidad étnica y social. En la medida en que se fueron cumpliendo ritos de amor, entraron a habitar parte de las ciudades —por exclusivas que se pretendió que fueran— las amantes o los hijos de éstas. Se rompieron, por los caminos del amor, las previsiones de la Corona.

Jacques Aprilé Ginet, en una investigación inédita,⁴ sostiene que en la “ciudad de españoles”, está creciendo una generación adulta de mestizos. Experimenta esta situación ambigua de tener, por el lado paterno, derecho a la residencia en la “ciudad de españoles”, mientras por el lado materno, frecuentemente tienen vínculos familiares con la población de sus reducciones. El hijo de un soldado español y una mujer americana, adquiere así, —a pesar de las prohibiciones de la Corona— el doble derecho de residencia, tanto en la ciudad “española”, como en el pueblo de indios”.

Recordemos que Fray Pedro Simón habla de las fundaciones en las cuales participaron los mestizos, después de 1.550.

En un estudio de David J. Robinson⁵ él plantea que “existen bases para una fascinante y distinta interpretación de la ciudad colonial”.

La tierra

Uno de los principios que más precipitó la Independencia, fue el que regía para la administración de la tierra y quién tenía derecho a ella.

⁴ Jacques Aprilé Ginet, “Formación Especial Indiana”

⁵ David J. Robinson, “La Ciudad Colonial Hispanoamericana: símbolo o texto? (Inédito).

Queremos ser explícitos en que no nos referimos al fenómeno de las reclamaciones de indígenas que, hasta hoy, se han prolongado. Nó. Deseamos es suscitar la investigación de cómo concibieron los mestizos la mayordomía de ella. Ellos consideraron que les correspondía poseerla, explotarla y tener títulos. No que simplemente se les tuviera en cuenta, sino que era indispensable consentir que —por haber nacido en este continente o resuelto vivir en él sin más amarras exteriores hacia el futuro— su dominio lo debían ejercer a plenitud. El no haberse admitido esta pauta, condujo a suscitar aperturas hacia la independencia.

El esclarecedor de caminos, José Luis Romero, responde una pregunta:⁶

“Bueno, en una primera etapa, pero después ¿qué pasa cuando los campos se van poblando...?”

“En el momento fundacional, el mundo hispánico y católico se abroquea detrás de la empalizada ¿no es cierto?. Y el campo es el mundo de los vencidos. Al principio hay lucha; pero en menos de un siglo se han producido tan extraordinarios fenómenos de mestizaje y de aculturación, que a fines del siglo XVIII América latina ya constituye un continente criollo. Esto es lo que yo creo radicalmente novedoso, lo que le da fisonomía a estos países, lo que les da personalidad, y además de eso, lo que testimonia el paso de una etapa de desarrollo histórico en la que los españoles eran visitantes todavía, o sea conquistadores con espíritu de conquistadores, a otra en que aparecen las primeras generaciones arraigadas, las de los que han resuelto quedarse, las de los que han descubierto que esta tierra era la suya y que ya no tenían otra alternativa sino jugarse con su tierra. Esto no se ve hasta el siglo XVIII.....”.

El traje

En lo concerniente al traje, los conquistadores, y sus descendientes, tuvieron que consolarse con las provisiones con que aquí se contaba. Fueron nuestras toscas hilazas, los primitivos tejidos de los telares, los que los cubrieron. Las determinaciones del conquistador,

⁶ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1986.

se diluyeron. Para caracterizarse, para diferenciarse, apelaban a las más sofisticadas guerreras. De resto, aquellos implementos, ayudaron a completar la vocación de cubrirse. Los recursos eran los que daba el ambiente, lo que conducía a una hibridación de las vestimentas, muy pronunciada, débilmente investigada.

La comida

Los gustos en la comida, seguramente fueron contrariados en los conquistadores. No tuvieron más que ceder ante los apremios del hambre. Inicialmente algunos escribidores de esos días, hicieron denuestos de los primitivos condumios. Lentamente, aceptaron el maíz, y, más tarde, la papa. Igualmente, el cacao. El mismo proceso sucedió en Europa. No es fácil aclimatar las papilas a los gustos acres. Hay que estar acosado por las urgencias. Los españoles introducían la carne de gallina, pero tenían que admitir que se adobara con el frijol o la yuca. Y, que la rodearan tajadas de aguacates, de tomates, de ahuyamas. Algunos postres se idearon con la guayaba. La papaya dejaba su encendida pulpa en las bandejas. Y la piña se hacía presente con su blancura ligeramente amarillenta. Los cubios servían para entretener el arroz con las carnes importadas.

Pero hay algo más para investigar: cómo cambió la alimentación en Europa y cuáles fueron las contribuciones de lo nuestro, a esa metamorfosis de la mesa. Todo mestizo, todo revuelto, toda la manifestación de una desconocida cultura. Porque por los manteles comienza ésta a variar costumbres, particularidades y actitudes. La alimentación regula demasiados actos sociales.

El ají, incisivo y picante, con picardías demoníacas para condimentar las comidas, coronaba todas las escudillas. El mestizaje ya nadie lo podría desterrar de las largas charlas de sobremesa.

La lengua y la literatura

Es cierto que heredamos la lengua. Como los brasileros, el portugués. Ni ellos ni nosotros, hemos conservado la pureza de ellas. Al contrario: como el lenguaje es el resultado de una manera social de comunicarse, para mantener las relaciones de solidaridad humana, pues han crecido, se han ampliado, con dones propios. No andan sometidas. Se busca, con el concurso de academias y de enseñanzas, mantener el "brillo de la lengua". Evitar grandes erosiones dentro de sus reglas. Estas, como es elemental, han resistido más. No sucede así

con el vocabulario que empleamos todos los días. Este, va cediendo a las exigencias económicas, a las regionales, a las que representan desconocidos valores en el calificativo de personas y de cosas.

Los “cronistas de indias” al escribir sus impresiones; al describir nuestro medio; al dejar constancia de su asombro y sus perplejidades, lo hicieron con otra semántica a la que privaba en España. El ritmo de la frase; la propensión a referirse a ciertas materias; la inclinación por los vocablos raizales, fue cambiando sensiblemente. Tuvieron que entretener sus comentarios con las palabras que, por aquí, se usaban para designar las cosas. No pudieron hacerlo en el idioma libre de los ascendientes mestizos. Estos, le dieron ya acento a su prosodia. Y, como es natural, la distribución, las frases y el acomodo de los adjetivos, cambió extraordinariamente. Evoquemos un ejemplo que es muy peculiar y que se repite en los otros escritores que andan contando la conquista o la colonia. Fray Pedro Simón, en la primera edición de sus *Noticias Historiales*, que publicó por primera vez en 1637⁷, agregó una tabla de palabras. En ella declara:

“Parecióme al principio destes libros poner una declaración por modo de Abecedario de algunos vocablos, que sólo se usan en estas partes de las Indias Occidentales, que se han tomado de algunas naciones de los indios, que se han ido pacificando; y para mejor poder entenderse los españoles con ellos en sus tratos los han usado tan de ordinario, que ya los han hecho tan españolizados, que no nos podemos entender acá sin ellos, ni declararnos en las historias sin introducirlos: y así, para que ésta no tenga necesidad de irlos declarando en todas las partes donde los tocaremos, que sería estropezar con enfado tras cada hoja, y el lector los halle declarados juntos si en la historia no los entendiere, por ser para él desusados, me parecía sería a propósito esta diligencia”.

Para no apelar a citas de Ernesto Sábató, Silvio Romero, Octavio Paz, Jorge Amado, José Luis Romero, Gabriel García Márquez, José Camacho Carreño y Carlos Fuentes —para sólo nombrar unos pocos— apoyémonos en lo que decía el maestro de la filología en nuestro continente, Rufino J. Cuervo:⁸

⁷ Luis Carlos Mantilla Ruiz, O.F.M. “*Fray Pedro Simón y su vocabulario de Americanismos*. Instituto Caro y Cuervo Bogotá, 1986.

⁸ Rufino J. Cuervo, *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, tomo I Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1953.

“Puestos los conquistadores en un mundo verdaderamente nuevo, cual debió de parecerles aquel en que ni el hombre ni la naturaleza se asemejaban a los de Europa, padeció la lengua otra especie de dislocación, a modo de transportación musical, para acomodarse a designar objetos desconocidos”.

La religión

En el análisis actual, es comprobable que se han presentado casos de sincretismo religioso en Indoamérica. Nadie discute que ello ha pasado, visiblemente, en el Brasil. Lo mismo podría establecerse, si se investigase con rigor, en la mayoría de las regiones del continente. Es muy fenomenal en el Caribe. No es extraña esa singularidad en los otros países. El hecho es que al hacer las tallas del barroco, nuestros mestizos fueron dejando allí sus dioses; su representación teogónica del universo; su versión de los astros o de las fuerzas superiores que determinaban sus creencias. Es otra parte, bien poco estudiada. Como hemos tenido prejuicios acerca de nuestro mestizaje, hemos vuelto, con indiferencia, nuestra actitud crítica en relación y comparación con los símbolos griegos o latinos. Nos hemos despojado de nuestra realidad. Y son débiles las pesquisas, y escasamente rondamos por estas cuestiones.

En países que tradicionalmente han proclamado más arrogantemente su pureza racial, hay escritores que evocamos, como Jorge Emilio Gallardo,⁹ que ciertos cultos religiosos de raíz africana, tuvieron su sede en la Argentina y en el Uruguay hasta fines del siglo pasado y, en ocasiones, hasta los primeros años del siglo actual. Todos —unos por lo indígena, y, otros, por lo negro; todos por lo triétnico, creo yo— vamos integrando el gran mestizaje de Indoamérica.

Vale la pena preguntar: ¿si se ha explorado con diligencia la beligerancia entre los credos indígenas contra el cristianismo impuesto?. Es otro interrogante bien sugerente que demanda paciencia benedictina para aportar luces al insuceso religioso.

Hay otro asunto que vale la pena explorar: ¿cuántas vírgenes hay en Indoamérica, en contraposición a las españolas?. ¿Nacieron simplemente sin aceptación, a veces, dentro de las jerarquías católicas? No

⁹ Jorge Emilio Gallardo, “Espiritualidad africana en el Río de la Plata”, en *La Nación*, Suplemento 9 - 6 -85.

es ese un rechazo a las creencias impuestas como reacción del mestizaje?

Alfonso Rumazo González, hace una enumeración de imágenes que, por estos lados, adoramos:¹⁰

“Emergieron de tiempo en tiempo los nombres de la Virgen de Guadalupe del Tepayac, en México; de Luján, en la Argentina; de Copacabana, en el Perú; de la Chiquinquirá y de Coromoto, en Venezuela; del Quinche, de Guápulo, en el Ecuador; de las Lajas, en Colombia; de Caacupé en el Paraguay, etc. A la Virgen de Copacabana —nombre este de un ídolo incaico— le llamaban en el Perú Pachamama. A San Buenaventura denominábanle Taitaventura. San Martín de Porres significaba la validez y preeminencia de la etnia negra; la veneración de Santa Rosa de Lima no sólo se expandió en Suramérica sino que atrajo mayor número de devotos que tal o cual Virgen; San Pedro Claver perdió volumen de fieles al decretarse la liberación de los esclavos; era el patrono de éstos. ¿Ha habido algún indígena santificado y llevado a los altares?”.

La economía

Dos concepciones discordantes, se hicieron visibles entre los conquistadores y nuestros indígenas. Aquéllos, como lo dice el profesor Luis López de Mesa, no tuvieron conciencia económica de la tierra ni de su empleo. En cambio, los indios tenían aferrados sus sentimientos a su posesión y a su explotación. El oro, para éstos, facilitaba la aleación para hacer sus grandes demostraciones de su percepción de objetos de arte y de parte de su cosmogonía. Para el español, impulsaba su conquista y su empeño. El acaparamiento de éste, lo distanciaba del cultivo. Cuando tuvieron que hacer ahíncos para obtener éste, apelaron a la esclavitud. Eso revela diferentes posiciones frente a los fenómenos económicos.

La comercialización tenía sendas diferentes en ambos grupos. La explotación del hombre, no era canon que primara por estos caminos. Una pauta de humanidad, los separaba, dándole autenticidad a sus posturas.

¹⁰ Alfonso Rumazo González “*Los Indígenas y los Santos*”, Suplemento Dominical “Occidente” - 5 - 6 - 88.

En lo contemporáneo, frente al desarrollo, a las relaciones imperialistas del comercio; a los criterios y proliferación de multinacionales; ante las diversas alternativas para el crecimiento hacia adentro, se han registrado orientaciones mestizas de indudable valor. Con características nuestras, pueden estar apoyadas en prolegómenos de la ciencia económica universal, pero son las nuestras, individualizadas como parte de la respuesta del continente.

El desprecio de lo nuestro

Naturalmente, los conquistadores, por desprecio, por una parte; y para mantener la subyugación, por la otra, acunaron aseveraciones contra las calidades espirituales de los habitantes de lo que ellos juzgaban eran las Indias Occidentales. No tenían alma los naturales de estas tierras. Es decir, tenían incapacidad de entender, de tener voluntad, de manifestarse racionalmente. Quedan destituidos de toda locución de carácter espiritual. Era la negación de toda virtud y capacidad creadoras.

Mas tarde, lo viajeros que nos visitaron para explorar nuestras riquezas, volvieron a repetir muchas disertaciones contra la imposibilidad racional de dilucidar de los naturales. De esa manera, podían ejercer, todo su poder, los imperialismos, sin tener que dar explicaciones a sus excesos inhumanos. El dominio económico se podía ejercer sin ninguna limitación. En la misma desviada observación científica, razonaron europeos y estadinenses. Lo consubstancial era crear la atmósfera para el dominio.

Volvamos la memoria hacia las teorías de Paw y de otra serie de escritores de su estirpe, todos los cuales han acentuado las desconfianzas sobre nuestro futuro. Desde la raza —cuando existía la prevención equivocada de que algunas primaban sobre las otras— hasta el trópico, la abigarrada naturaleza, se han explotado para denigrar de cualquier posibilidad. Para desterrarla. Para anonadarnos en incapacidad, invocando todos los sistemas. Sin excluir ninguno. Hegel, además, completaba el desdén diciendo que lo americano no formaba parte de la historia universal.

Nuestra historia

En la medida en que avanza el estudio de nuestra historia; cuando penetramos en ella con sentido crítico y sin obsesiones ni complejos, hallamos que sí hemos realizado una tarea. Que ésta se hace explícita

en el arte y en la filosofía, en las reglas políticas que hemos ideado para el gobierno de nuestros pueblos. En derecho —en las diferentes ramas— hemos introducido figuras desconocidas en los ejemplos universales. Somos elaboradores de normas, actitudes y enunciados que nos diferencian. Y que tienen, por cierto, un aliento mestizo, que las destaca¹¹.

Nuestra historia, es la dignidad, desde el primer instante. No se entregaron los líderes o caciques indígenas. Sólo sucedió cuando fueron traicionados. Vencidos, batallaban. Mantenían la protesta encendida. No hubo rendimientos cobardes. La raza no tenía desniveles morales que la hicieran poco respetable. Al contrario, sus combates la ennoblecían. La conquista y la colonia, son dos etapas de gran convulsión social. No hay reposo. Todo el tiempo se combate. Por ello no se justifica que se afirme que tuvimos un período de calma y somnolencia. Al contrario, las gentes guerrearban, protestaban, se alzaban permanentemente. Estaban en beligerancia, siempre. Es forcejeo contra alcaldes, oidores, y todos los designios burocráticos de España. Como no se tenía confianza en que el porvenir lo pudieran ayudar a conformar los pueblos, se ha oscurecido, mantenido en silencio, toda esa etapa. Es otro filón para los futuros investigadores, que nos podrán decir cómo era la actitud frente a las orientaciones del gobierno. Y por qué las contrariaban, apoyándose en su ancestral concepción.

Cuando proclamamos la Independencia, estábamos abatiendo los cinco imperios más grandes: España, Portugal, Inglaterra, Francia, Alemania. No es poca la capacidad de inventiva para derrocar a quienes dominaban el planeta.

La historia, ya es parte del mestizo. Indiquemos que una Real Cédula de 1514, repetida en 1515, es ratificada por Felipe II en 1556. Por medio de ellas, se autorizaban los matrimonios entre los indios e indias con españolas o españoles. Y que, a la vez, todos tuvieran entera libertad de casarse con quien quisieren. Son preceptos impuestos por las demandas sexuales, imperiosas del cruce. Nada logra detener al mestizaje.

Para entender bien este curso social, hay que admitir que lo popular no es sólo lo pintoresco. Esta es la parte que han querido destacar y

¹¹ Otto Morales Benítez, *Memorias del mestizaje*, 2a. ed., Bogotá, Plaza y Janés, editores, 1984.

señalar como parte fundamental de nuestra creación. Naturalmente así se reduce el alcance de lo que por aquí se concibe y se expresa. Lo popular es más profundo. Es lo que comienzan a entender, en cuanto se hace evidente que nuestra identidad indoamericana nos da un sitio entre quienes pretenden tener el dominio de lo social. Un recurso para reducir la trascendencia de lo que sucedía, estaba en despreciar a los héroes populares. De esa laya, no adquirirían connotaciones.

Existe una historia oficial. Otra que nace en condiciones diferentes. Pongamos el ejemplo clásico del escritor Inca Garcilaso. Sus "*Comentarios Reales*" estuvieron ocultos por siglos porque no coincidían con la versión oficial, con la de los vencedores. No ha sucedido con este libro, sino con muchos otros, sobre los cuales hay que hacer crítica y examen de compaginación con lo que escribían los amanuenses de la Corona, enredados entre la frondosidad del trópico.

Es que el fenómeno del mestizo, se va acentuando y creando dificultades a la Corona. Esta, en reales cédulas dirigidas al obispo de Santa María de Darién —fundación ya desaparecida en la región de Urabá, en Colombia, cercana a Panamá— autoriza los matrimonios entre indias y soldados. El imperio de lo sexual sobre las normas rígidas que pretenden detener el avance vital¹².

Releer con otra mirada

Me parece oportuno que aprovechando los quinientos años del encuentro de dos mundos, nos propongamos releer con otra mirada, que implica un novísimo criterio de valoración, lo que enseñaron. Y lo que entregaron como justificación de lo vivido por la humanidad, hasta hoy. Durante siglos, el juicio se ha tenido que mantener en un clima de pugnacidad que ha impedido la claridad. Aceptamos que tenemos el deber de recuperar lo que entrañan nuestras culturas, ocultas deliberadamente durante tantos anales. Tenemos obligación de denunciar lo que ellas representaban y penetrar, más, en sus cualidades, en sus ramificaciones, en sus entronques y en sus relaciones con otras más antiguas y que vienen a confirmar hipótesis de cómo arribaron aquí otras civilizaciones con su mensaje. Todo esto ennoblecerá y modificará el encauzamiento tradicional de nuestros derroteros, y de los que ha sostenido, tradicionalmente, la

¹² Otto Morales Benitez: "*Propuestas para examinar la historia con criterios Indoamericanos*". Segunda edición. Editorial "Tercer Mundo". Bogotá, 1988.

historia universal. Presumo que se impulsará una gran revolución en la investigación.

Barrunto que sin relatar, sesgadamente, cómo se operaron la conquista y la colonia, podremos evitar caer en la explotación de la "leyenda negra", en la cual se pierde objetividad y se desgasta la posibilidad de relievar nuestras ancestrales realizaciones como apoyo al desarrollo de las inteligencias universales. Se abandona el debate como cotejo con tintes de dramatismo —a pesar de la necesidad de contarlo todo para comenzar a resolverse en desconocidas espirales de conocimiento mutuo.

Nuestro deber es hallar la certeza en el juicio. No tenemos por qué aprovechar estos quinientos años en hacer sólo la exaltación de Colón. Hay profesores italianos y españoles, que le dedicarán los más entrañables adjetivos de estímulo y de valoración. Justos, sin ninguna duda. Otros, siguiendo viejos resabios "hispanistas", dándole a este término su connotación política, buscarán revivir y pregonar el imperiaismo y básicamente el sometimiento intelectual, como la mejor manera de celebrar una fecha que nos halla, a los países indoamericanos, concordados en una batalla por la total emancipación intelectual; porque la política ya se cumplió hace varios siglos. Sin ninguna duda, aquéllos están profundizando en su identidad cultural. Desean manifestar cómo sienten su pasado, el más ancestral, y el que comienza con el hallazgo de Colón con estas tierras, hasta confundirnos con las más modernas versiones, que concuerdan con las diversas vigencias estéticas y culturales que han predominado universalmente.

Situados en ese terreno, podemos avanzar a lo que, incitadoramente, se ha llamado la exploración de la identidad cultural de Indoamérica. Que es el revivir la memoria de los pueblos. El avanzar hacia los poderes latentes, atávicos, que vienen marcando la pauta de varias de las reacciones mestizas que nos caracterizan. No perdernos en el indigenismo —que fué una etapa fecunda e indispensable en el ajetreo cultural en estos medios— sino ahondar, sin resabios ni parcialidades, en las réplicas. Las cuales no pueden estar desligadas de su permanente relación con la cultura contemporánea. Lo otro, sería ponernos linderos. Impedir que tengamos soluciones propias a los diversos prodigios de la naturaleza y de la vida del hombre. No es para tomar una postura caprichosa, ni restringida por cercos de naturaleza política, racial, económica o social. Nosotros, los mestizos indoamericanos, sabemos y aceptamos, como lo ha dicho la

Unesco, que no hay una raza que logre destacarse entre otras. O que se conserve pura; o que no tenga influencias sanguíneas de otras. Es, así, un criterio abierto, sin tasas laberínticas ni complejos. No es reacción negativa; ni protesta sorda; ni sentimiento acusatorio. Tenemos que poseer una actitud de conglomerados ya maduros, capaces de dar soluciones, en los diversos órdenes, a las complejidades que nutre el azar de vivir, en las diferentes causas universales.

Para alcanzar ésto, tenemos que leer con otra mirada. Queremos sólo señalar que los resabios de los otros, de quienes nos quieren mantener subyugados o al margen de un propio comportamiento, no nos sirven. Así libramos de confusiones a nuestros científicos, historiadores, líderes políticos. No es para rechazar, ni para tener una actitud de beligerancia, ni para imponer tesis que riñan con la existencia. Nó. Esa penetración crítica debe estar despojada de odios y de aberraciones mentales. Es sólo nuestra interpretación la que debe discurrir con limpieza.

Vamos a hacer una cita de una personalidad literaria, que arranca del medio del Caribe. Con ella queremos destacar que se puede recurrir a juicios de quienes no son historiadores para señalar lo que hasta aquí hemos querido exaltar. Alejo Carpentier en su novela *Ecue-Yamba-O*, dice:

“Muerto Menegildo, nace un segundo Menegildo —su hijo— en el capítulo final de la novela. Ese tendrá veintiocho años en 1959. Habrá visto otras cosas, habrá oído otras palabras. Y, para él, “otros gallos cantarán” —como hubiese dicho el sentencioso Usebio Cué— en el alba de una Revolución que habrá de darle su dignidad y dimensión de Hombre, dentro de una realidad nueva, sobre un suelo donde, hasta entonces, por el color de su piel, tal dimensión le era negada”.

En Indoamérica tenemos múltiples fenómenos para juzgarlos, a los cuales aún no les entregamos réplicas adecuadas. De allí que se recurra al “realismo mágico”. Que si leemos con cuidado los libros de los cronistas de Indias, desde esos días está incrustado en la literatura que por aquí se ha escrito. Eduardo Galeano, ha relievado el hecho diciendo que “Magia es el nombre que le podemos poner a una cantidad de cosas que la razón no es capaz todavía de explicar, pero que están ahí”¹³.

¹³ Eduardo Galeano, “América Latina se ignora”, en “Dominical” de *El País*, Cali, septiembre de 1985.

La opinión de los indoamericanos

Desde el Inca Garcilaso hasta el último escritor, pensador, político o artista, en Indoamérica, se advierte que tenemos alguna esencia especial, que no corresponde a la que se nos ha querido imponer, tanto por extranjeros, como por nuestros compañeros del continente, que obedece a determinantes de ultramar. Pero cada uno, consciente o inconscientemente, han aceptado nuestro mestizaje. Lo enuncian, a veces, muy tímidamente. Otros, con convicción. Desde Leopoldo Zea o Germán Arciniegas, se van entrelazando teorías, que, lentamente, han arraigado en toda la inteligencia americana. Alfonso Reyes predicaba sobre el mestizaje con lumbres en el pensamiento y en la prosa. Pedro Henríquez Ureña, o Juan Bosch lo han destacado con palabras singulares. Dos venezolanos ilustres por su obra y su concepción de Indoamérica, Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri, han dejado líneas de pureza crítica para mirar nuestro acontecimiento continental. Miguel Angel Asturias y Luis Alberto Sánchez, en sus páginas dan dimensión de certezas a todo el acontecimiento. Octavio Paz con su prosa deja innumerables guías para mirar cuidadosamente y continuar desentrañando nuestras inmediateces. Víctor Raúl Haya de la Torre escribió densos ensayos que nos ubicaron, revelándonos cómo éramos social, cultural, históricamente. Ricardo Rojas, Angel Guido, Ernesto Sábató, José de Luis Imaz y José Luis Romero, han publicado reflexiones que destacan cómo en la Argentina la circunstancia mestiza es tan natural como en el resto de nuestros países. Augusto Céspedes, Franz Tamayo, Fernando Díez de Medina, han denunciado cómo debemos apoyarnos en otras referencias intelectuales —fuera de las hispánicas— para reseñar nuestra verdadera homogeneidad. En el Brasil, Silvio Romero, Gilberto Freyre y Jorge Amado, nos acomodan en el centro de un sincretismo —en diferentes composturas y diversas relaciones— que nos denuncian la unidad del continente. Es incompleta esta lista. Es parca frente a todos aquellos que se han preocupado del mestizaje y de la abundancia de sus rasgos. Así lo declaramos y entregamos excusas por las omisiones que obedecen a las exigencias de extensión de este trabajo. Queremos subrayar que las coincidencias se repiten. Que las concordancias, operan sin ninguna mezquindad. Quizás con matices diferentes, pero que no hacen sino denunciar el mismo hecho.

Una conducta y una política

Un simposio como éste, sirve para fijar en el continente, con motivo de los quinientos años del encuentro de dos mundos, una conducta y

una política. La circunstancia es más favorable. La oportunidad nos sirve para despejar prevenciones y para despojarnos de todo el arrume de mescolanzas que pesan sobre la vida histórica, política y social de los indoamericanos. Ninguna época tan fecunda para proclamar una voluntad de cultura y reafirmarla. Para no desviarnos. Para declarar nuestra mayoría de edad. Sin despejarnos de lo universal, sin renegar de sus enseñanzas, reconfirmar que ya tenemos una filosofía y un arte, que dan una presencia propia y que se pueden contraponer, en calidades y en calado, a otros países.

El tiempo político es favorable, porque en el universo, hay una afirmación de continentes que se tuvieron como minusválidos. La circunstancia de que hubieran padecido el dominio extranjero, durante siglos, les había impedido pronunciar su voz con sus creencias. Hoy no se atreven a desconocerlas. No las conocemos en sus íntimas esencias, porque sólo ahora comienzan a irradiar. Un poco sucede, también, con los indoamericanos. Y no será posible detener su desarrollo.

Una historia de Indoamérica

Una de las condiciones especiales que estimula esta circunstancia de los quinientos años que se van a celebrar, es reformular las técnicas, tesis y principios hacia las cuales se debe dirigir la historia de Indoamérica. Es repasar el pretérito con otra mirada crítica. Sin olvidar que España y Europa, nos han suministrado múltiples elementos, valdría la pena indagar qué les hemos aportado como continente. Hay dos libros del maestro Germán Arciniegas — *América en Europa* y *El Revés de la historia*— en los cuales hay una enumeración de concesiones que se han hecho de aquí para allá. No solamente contempla la variedad de tesoros y de productos, sino cómo ayudó Indoamérica a transformar el pensamiento occidental. El encuentro de los dos mundos, desató una verdadera revolución. Fue un cambio, hondo y definitivo, en materias relacionadas con la organización del orbe. Que modificaba parte esencialísima del aparato científico. Que destruía prédicas religiosas. Que contradecía verdades que habían prevalecido varios siglos. Nuestra condición de continente que irrumpe inesperadamente, revolucionó lo ideológico, la dirección política, la economía y la alimentación, lo mismo que parte fundamental de los basamentos de la ciencia y de la tecnología. Debemos, por lo tanto, rescatar ese aporte y denunciarlo ordenadamente.

Durante demasiado tiempo —y la actitud se prolonga hasta nuestros días— no se le ha dado, en la historia nuestra, la importancia que tiene el pueblo en las grandes hazañas. Aquí se concibieron teorías políticas que no se acomodaban a los regímenes que regían en España y en Europa. A la vez, reglas jurídicas que hoy tienen validez universal en derecho, se fueron imponiendo. Las consignas populares, fueron modificando demasiados principios. En la conquista, las luchas —desiguales en cuanto a la técnica y las armas— se libraron con una ardentía y con derroteros claros en lo que defendían. Es recomendable organizar todos esos materiales, para adquirir conciencia de los sistemas que defendieron, en su época, y que son, desconocidos o mal analizados. La resistencia de los héroes de nuestros países, engrandece imágenes —hoy opacadas por la reseña oficial escrita por España— que destellarán como fulgores de la libertad y la dignidad humanas. Son nombres que se deben incorporar a la epopeya indoamericana, en el lugar que les corresponde por su heroísmo y el coraje para desafiar adversidades. No puede existir una crónica en la cual sólo tienen relieve, de medallón, quienes vinieron a imponerse y a sojuzgar. Aquellos son los indios sin leyenda. No podemos soslayarlo, son nuestra gesta.

Los recientes análisis, tienen que volcarse sobre el problema religioso, sobre el arte barroco, sobre la convergencia de sangres para conformar el tipo del mestizo. Voy a poner un ejemplo para mí muy elocuente. Creo que se repite en todos nuestros países. La Revolución de los Comuneros, se ocultó durante años. Los investigadores poco se inclinaban hacia ese lado, donde la pasión y la decisión de unos campesinos, anunciaban la primera gran arremetida colectiva popular. Comienzan a enunciarse las características que la distinguen; la extensión que logró en el espacio; la alta comprensión que política y económicamente alcanzó. Y, también, cómo las mujeres fueron claves en su acción. En cuanto se profundiza, van emergiendo más poblaciones comprometidas en la revuelta. Sin ninguna duda, se amplía el contenido y significado de lo popular. Esto merece redimirse, pues contra ella se erigieron barreras y desdenes. No ha existido clasificación honesta para las proezas de nuestros pueblos.

Otra desviada insistencia contra la cual hay que combatir, es sobre el dañino juicio de que lo popular es pintoresco. Este enunciado conlleva alcances de ridiculez. Aquello es más hondo y corresponde a otros dictámenes. Son la esencia y raíz de las grandes conmociones. Los predecesores dejaron sus mensajes escritos en los cuales hay una visión global de la humanidad. Desde el *Popol Vuh* hasta *El Desierto*

Prodigioso y Prodigio del Desierto, de Pedro Solís y Valenzuela, aceptada como la primera novela de este continente, según las deducciones de los investigadores, especialmente del profesor Héctor H. Orjuela.

Dentro de estas disertaciones, lo económico y social, debe tener una gran incidencia en los juicios. Son valores que es indispensable examinar sin parquedades. Ambos aspectos, han estado ausentes, en parte apreciable en el juicio histórico indoamericano. Como nos hemos preocupado, muy poco, por reevaluar las figuras políticas y jurídicas que aquí nacieron y se impusieron, internacionalmente.

En la literatura, tenemos nuestra propia manera de comunicarnos y representar, en lo escrito, actividades y emociones. Otro grupo de valores indoamericanos, entre los creadores, nos singularizan con características propias. Tomás Carrasquilla, Mariano Azuela o Martín Luis Guzmán, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Machado de Asís, Ricardo Güiraldes, Ricardo Palma —para citar muy pocos nombres y evitar un directorio de fabuladores— les dan un sello peculiarísimo a nuestras producciones. No tienen emparentamiento ni en los temas, ni en la manipulación del idioma, con lo que nos envían de ultramar. Claro que algunos escritores trataron de imitar lo foráneo. No permitieron que asomara su propia autenticidad. Descuidan en los juicios el examen global. Somos un continente que hemos ido elaborando teorías literarias, y la postura frente a los desgarramientos o alegrías colectivas corresponde a una uniformidad propia. No hemos dado saltos. Si revisamos la creación indoamericana, hallaremos que ella se ha ido estructurando continuamente. Ahora el “boom” da cuenta de otro período en la evolución. E influímos, desde el punto estrictamente del novelar, sobre Europa.

Esto nos acredita para formular la propia teoría histórica. Hay que analizar el pasado, no como simple apéndice de lo español, sino como muestra de lo que nos da sello de autenticidad. Como nos educaron con imágenes griegas, por eso tenemos desprecio sobre lo mestizo, que irrumpe, en la comparación, ligeramente irregular. Son defectos de óptica y de objetividad en las referencias a las propias circunstancias. Ha habido que pelear mucho cada avance en la aceptación de estas teorías. José Martí decía: “El mestizo natural ha vencido al criollo artificial, europeizado”.

Vamos a terminar citando a los dos escritores mexicanos con los cuales comenzamos los juicios que hemos consignado en estas líneas.

Lo hacemos como homenaje al país que nos convoca a la reflexión: el profesor Leopoldo Zea, Escribió en su libro *América como Autodescubrimiento*¹⁴. “Si 1492 fue el inicio del encubrimiento al uno y al otro lado del Atlántico, 1992 debe ser el año en el que los pueblos que forman esta gran región, realicen su propio y peculiar descubrimiento”. Y el maestro Alfonso Reyes nos incita a entender, cuál es la peculiaridad y la trascendencia del mestizaje: “Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aún las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia”.

¹⁴ Leopoldo Zea, *América como autodescubrimiento*, Bogotá, Instituto Colombiano de Estudios latinoamericanos y del Caribe, Publicaciones de la Universidad Central, 1986.